

la prueba de los justos. Se extendió un rumor falso de que Antioco, que se hallaba haciendo la guerra en Egipto, habia muerto, y al momento el desterrado Jason, reuniendo nada mas que mil hombres, vino de repente sobre Jerusalem, y aunque los ciudadanos, ó mas bien los revoltosos, volaron al muro para defenderla, al fin fué tomada por los de Jason; y Menelao con los suyos se huyó y encerró en el alcázar. Entró Jason en Jerusalem como una fiera sedienta de sangre, y á nadie perdonaba, ni menos pensaba que los ciudadanos eran sus hermanos, sino que los degollaba como á paganos, y tomaba los despojos como si fueran de sus enemigos; pero al fin, despues de matar un gran número, no pudo conseguir el principado de sumo sacerdote ni sostenerse en la ciudad, y lleno de confusion tuvo que salir huyendo y volverse al pais de los Amonitas, de donde habia venido; mas no le recibieron estos como antes, porque la noticia de las crueldades que habia cometido en Jerusalem llegó primero que él.

Su fin desdichado.

Ya no se tuvo Jason por seguro entre ellos y se huyó á la Arabia. Aretas, su rey, le prendió y encerró en una prision, mas Jason tuvo medio para fugarse, y huyendo de ciudad en ciudad, y llevando consigo el odio de todos, como un apóstata de las leyes, y un enemigo execrable de su patria y sus ciudadanos, fué arrojado hasta el reino de Egipto. Tambien fué perseguido en este reino, y huyendo se dirigió á la Lacedemonia, cuyos moradores se trataban de parientes de los Judíos, y allí esperaba ser recibido como tal pariente y encontrar su sosiego; pero murió á poco tiempo, miserable y sin sepultura. Así acabó el traidor Jason, usurpador de la dignidad de su hermano el santo pontífice Onías, en un pais extraño y léjos de su parentela, sin ser llorado ni sentido de los

suyos, distante del sepulcro de sus padres, sin hallar sepultura en su muerte y sirviendo de pasto á los perros, las aves y las fieras. Fin digno de un hombre malvado y cruel que habia arrojado de su patria á tantos buenos ciudadanos, y dejado podrir sin sepultura los cadáveres de tantos hombres de bien que habia hecho morir inhumanamente. Digno paradero de un ambicioso que, precipitado por su pasion, se arrojó á tomar antes de tiempo una dignidad que habria recibido legítimamente á su vez; tanto mas execrable, cuanto no arrebató el sumo pontificado á su santo hermano, sino para perder á Jerusalem, y á la nacion entera. Hombre digno, en fin, de todo el aborrecimiento del pueblo de Dios, porque, con su intentona de ocupar otra vez el sumo sacerdocio, fué la causa inmediata de que principiassen las persecuciones de Antioco y las desdichas de Israel que vamos á referir.

Segunda entrada de Antioco en Jerusalem y matanza de sus moradores.

Supo Antioco en Egipto el rumor que de su muerte habia corrido en Jerusalem; lo que habia intentado Jason con este motivo; la resistencia que le habia hecho la ciudad, y no dejaria de decirsele que se habian alegrado de su muerte, porque realmente tenian motivo para alegrarse. No pudieron llegar estas noticias á Antioco en ocasion mas fatal para Jerusalem. Habia hecho la guerra á Tolomeo, rey de Egipto, y le habia vencido y tomado sus ciudades fuertes; pero los Romanos se declararon á favor de Tolomeo y le obligaron á desocuparlas, y volverse á su reino. Se hallaba Antioco irritado contra los Romanos, que le obligaban á soltar la presa y salir del Egipto, y creciendo su irritacion con la noticia de los sucesos de Jerusalem, en vez de volver á Antioquia su corte, se dirigió con todo su ejército á Jerusalem y entró

en la ciudad con las armas en la mano y la rabia en el corazón. Su primera orden fué lo sumo de la crueldad. Mandó á los soldados que matasen á cuantos encon- trasen sin perdonar á nadie, y que, rompiendo las puertas de todas las casas, subiesen á ellas y despedazasen á cuantos hallasen. Con esta orden cruel, se derramó por la ciudad toda la tropa y desde luego principió la carnicería. Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, doncellas y niños, todo perecia á filo de espada. Tres días duró la matanza, y llegaron las muertes hasta ochenta mil. Cansados los soldados de matár, se redujeron á hacer prisioneros. Cuarenta mil pusieron en prisiones, y otros cuarenta mil vendieron por esclavos. Presentaba Jerusa- len un espectáculo de horror y pavor. Por todas partes corria y rebosaba la sangre, y las casas y las calles es- taban llenas de cadáveres.

Temor de los Israelitas acerca del templo.

Sin embargo, todavía esto no era lo mas terrible para los verdaderos Israelitas que aun quedaban en aquella populosa ciudad. No habia desdichas, de las que no creyesen poder consolarse, con tal que conservase el Se- ñor la santidad de su templo; y satisfecho con el sacri- ficio de sus vidas, no permitiase que fuese profanado por los incircuncisos; pero no habia escógido el Señor la nacion por amor al templo, sino el templo por amor á la nacion, dice el texto sagrado, y por esto el templo mismo participó de los males del pueblo, y añade: mas despues será compañero (del pueblo) en sus bienes; y el que fué desamparado por el enojo de Dios todopoderoso, será ensalzado con suma gloria en la reconciliacion de Dios con su pueblo. Aquí el Señor, compasivo siempre y siempre misericordioso, quiso sostener con la esperanza á su pueblo, que llevaba señales de ser exterminando, y animarle á sufrir con firmeza, hasta que satisfecha su di-

vina justicia, llegase el día de volver á poseer su pasada grandeza.

Antico roba el templo y la ciudad.

No satisfecho Antico con tanta sangre, tantas muertes y tantas victimas encarceladas y esclavas, se entregó al robo mas atroz, al robo del templo. Se atrevió á entrar en la casa del Señor, que era el lugar mas santo del mundo, guiado por el impío Menelao, que habiendo sido traidor á las leyes y á la patria, ahora lo era tambien al templo. El malvado y sacrilego Antico, tomando con sus manos profanas los vasos santos, que otros reyes y ciu- dades habian puesto allí para adorno de aquel lugar santo, los manoseaba y profanaba indignamente. Habia entrado en la santificación como un salteador, y mandó robar el altar de oro, el candelero de oro, la mesa de oro, las tazas, las copas, los almireces, todos los vasos de oro, el velo, las coronas y el ornamento de oro que estaba en la fachada del templo, y robó toda la plata y todos los vasos preciosos y cuantos tesoros pudo descu- brir. Hizo grande estrago en los hombres (que quisieron oponerse): habló con gran soberbia, y llevándose lo to- do, marchó á su tierra con su ejército.

Sentimiento de Israel.

Jerusalen, todas las ciudades y todos los pueblos de Israel se entregaron entonces á los extremos del dolor, envidiando la dicha de los que habian sido victimas del furor de los soldados. Gimieron los príncipes y los an- cianos. Las vírgenes y los jóvenes quedaron sin aliento, y se mudó la hermosura de las mujeres. Los esposos prorumpieron en lamentos, y las esposas regaban el le- cho nupcial con sus lágrimas. Toda la descendencia de

Jacob se cubrió de confusion, y hasta la tierra se conmovió con la desolacion de los que habitaban en ella.

Vuelve Antíoco á su corte cantando la victoria.

Entretanto Antíoco, que habia venido á Jerusalem como un tirano sediento de sangre y de oro, despues de haber sacrificado tantas vidas, y robado del templo mil y ochocientos talentos (mas de cinco mil y novecientas arrobas casi todas de oro), volvía á Antioquía su corte, á que le tributasen las honras del triunfo, y tan orgulloso y envalentonado como si hubiera conquistado el universo, ú oscurecido las proezas de Alejandro con la conquista y destrozó de una ciudad indefensa; llegando á tanto su hinchazon y soberbia que le hacian creer, dice el historiador sagrado, que haría caminar sus naves por la tierra y sobre el mar (sus ejércitos).

Dejó Antíoco, al volverse á Antioquía, gobernadores en Judea para afligir á los Judíos, como si su crueldad no les hubiera afligido bastante. En Jerusalem dejó á Filipo, frigio de origen, y mas cruel en costumbres que el mismo que le dejaba; y en el templo Garizin en Samaria á Andrónico y Menelao, que amenazaban á los ciudadanos con males mayores. Parece que Antíoco, despues del destrozó hecho en los ciudadanos de Jerusalem y del despojo de su oro, su plata, sus preciosidades y sus facultades, nada debía recelar de una ciudad, que en vez de poder rebelarse, apenas tenia, ni medios, ni libertad para vivir; pero Antíoco no queria que la nacion judía profesase una religion que siempre la conservaba unida, y fuerte por esta union. Tampoco le gustaba que estuviere publicando siempre un Dios vengador de todas las maldades de todos los hombres, y amenazando con esto el castigo de las suyas.

Envía á Apolonio con veinte y dos mil soldados para que mate á todos los hombres de Jerusalem.

Determinó, pues, abolir la religion de Israel, y como no esperaba conseguirlo sino exterminando los hombres que la profesaban, principalmente los que vivian en Jerusalem, á los dos años del estrago hecho en ella por su mandado y á su vista, envió un cuerpo de ejército de veinte y dos mil hombres, comandados por el detestable Apolonio, con órden de degollar á todos los adultos (que ya conocian su religion y eran capaces de sostenerla), y de vender todas las mujeres, los jovencillos y las jovencillas, los niños y las niñas. Vino Apolonio con su cuerpo de ejército á Jerusalem, aparentando paz y tranquilidad, y se alojó en la ciudad con el mejor y mas pacífico órden. Sabía Apolonio que el sábado era para los Judíos un día de descanso, destinado únicamente á los ejercicios de religion, y nada hizo sino portarse con afabilidad hasta que llegó este día santo. Los Judíos se reunieron, segun su costumbre, para celebrarle, y cuando estaban mas ocupados en sus ejercicios religiosos, mandó á todas sus tropas que tomasen las armas y matasen á cuantos Judíos hallasen reunidos. La mortandad fué grande y grandemente impía. La sangre corrió á torrentes en el templo y sus atrios, y la casa del Señor y sus recintos quedaron llenos de cadáveres. Concluida esta primera matanza, mandó que se derramasen por toda la ciudad y matasen á cuantos hombres encontrasen, y murió una multitud en esta segunda matanza. Mandó despues el saqueo, y los soldados saquearon, tomaron cautivas las mujeres y se hicieron dueños de sus hijos y ganados. Mandó, en fin, quemar y derribar las casas principales y los muros en contorno, y Jerusalem quedó reducida á un pueblo devastado y sin defensa.

**Alcázar de Sion convertido en piedra de escándolo para
Jerusalen.**

Sin embargo, habria sido menos fatal para los Judíos que no quedase en su ciudad ni rastro de fortalezas; pero no fué así. Apolonio habia conservado el alcázar de Sion, ó ciudad de David, y la fortificó con nuevas defensas. La rodeó de un firme y alto muro, levantó de trecho en trecho torres muy fuertes y la hizo su ciudadela y plaza de armas. La proveyó abundantemente para su ejército. Guardó en ella todo el botín que habia robado. Llamó y admitió á todos los Judíos apóstatas que quisieron acudir y les incorporó con los soldados idólatras que formaban la guarnición; y el alcázar de Sion quedó hecho desde este tiempo la habitación de los incircuncisos, como lo habia sido antes de David. Esta fortaleza fué en adelante una tentación, una piedra de escándalo, un diablo malo para Israel, dice el texto sagrado. Ya no era permitido subir al templo á los verdaderos Israelitas sin exponerse á los insultos de estos hombres, que no podian sufrir, particularmente los Judíos apóstatas, que aun se fuese á adorar y dar culto á Dios en el lugar santo, porque esto les echaba en cara la vileza de su apostasía. Pasaron de los insultos á los malos tratamientos, á los golpes, á las heridas y á las muertes. Derramaron, dice el texto sagrado, la sangre inocente en rededor del santuario y mancharon la santificación.

Lastimoso estado de Israel.

Entonces los que, huyendo de la matanza de Apolonio, se habian salvado fuera de Jerusalen y regresado á ella, huyeron otra vez y tambien las mujeres con sus hijos; y la ciudad santa quedó hecha, dice el texto sagrado, morada de extraños, enajenada de sus naturales y aban-

donada de sus hijos. Su santuario fué ya como una soledad, sus dias festivos se mudaron en llanto, sus sábados en oprobio y sus grandezas en nada. Á proporcion de su gloria se multiplicó su ignominia, y su gozo concluyó con su llanto. Tal fué el lastimoso estado á que redujo el feroz Apolonio la ciudad santa y el templo del Señor. Contento este cruel criado con haber llevado á cabo el encargo que le habia confiado su feroz amo, volvió á darle cuenta de todo á su corte de Antioquía, y este impío monarca creyó que los Judíos, destrozados unos, aterrados otros y reducidos todos al desprecio y á la nulidad, recibirían sin desplegar sus labios cuantas mudanzas quisiese ya hacer en esta nacion abatida.

Edicto de Antioco.

Publicó, pues, un edicto dirigido á todos los pueblos sujetos á su obediencia, mandando que cada uno dejase su religion cualquiera que fuese, y todos sin excepcion profesasen la religion de los Griegos. El edicto se dirigia á todos los pueblos del reino de Antioco, sin hacer mención de la nacion judía, que no era del número de ellos, y que parecia no quedar comprendida; pero ya se sabe que es comun en los tiranos dar órdenes generales para hacer despues á su placer aplicaciones particulares. Antioco no tenia un interés en la religion que profesase cada cual de sus súbditos, tanto menos, cuanto se cree que él ninguna profesaba. Su objeto era envolver á los Judíos en la red de la órden y acabar con su religion, que era la que temia y le asombraba. Desde luego se aprestaron todos los pueblos del dominio de Antioco á dar cumplimiento al edicto, y como tenian por dioses á todos los ídolos, les importaba poco dejar los que habian preferido y tomar cualquier otro que se les propusiese. Así fué que todos se acomodaron á adorar al dios principal de los Griegos, que era Júpiter Olímpico.

Mas no sucedió, ni podía suceder así, con los adoradores del Dios verdadero. Es cierto que todos aquellos apóstatas que habian formado los Jasones y los Menelaos se aprestaron, primero acaso que los mismos paganos, cumplir el edicto. Es verdad que, en el estado de corrupción en que se hallaba la nacion judía, hubo muchos cobardes, que sin querer la idolatría la practicaron, ofreciendo incienso á los ídolos, y que repugnando la apostasía se hicieron del partido de los apóstatas, manchando el sábadó; pero aun habia fe en Israel y fuertes en Judá.

Cartas del mismo.

Antiocho vió que la desercion religiosa de los Judíos no era tan pronta ni tan general como él esperaba, y que su edicto no se cumplia en todas sus partes sin oposicion, y luego escribió en su ira cartas á Jerusalem y á todas las ciudades de Judá, mandando: que inmediatamente siguiesen en todo la religion de las gentes de la tierra: que no volviesen á ofrecer en el templo de Dios, ni sacrificios, ni holocaustos, ni hostias pacíficas: que no celebrasen los sábados y dias solemnes: que se profanasen los lugares sagrados con sacrificios paganos, y el pueblo santo con idolatrías y comidas inmundas: que se edificasen tabernáculos, se erigiesen altares y se colocasen aras, y sobre ellas se sacrificasen carnes de puerco y de otros animales inmundos: que no circuncidasen sus hijos: que manchasen sus almas con todo género de abominaciones hasta que se borrara de ellas la ley de Israel: que mudasen todas las justificaciones de Dios; y que cuantos no hiciesen segun estos mandatos del rey, todos muriesen. Mas conociendo el malvado Antiocho que conseguiria poco con ordenar todas estas impiedades y abominaciones, si no apoyaba estas órdenes con su acostumbrada crueldad, envió comandantes con tropas para hacerlas cumplir, y estos se

derramaron por las ciudades de Judá y las mandaron ofrecer sacrificios á los ídolos como los demás paganos. La situacion de los Judíos era terrible, porque al mandato acompañaba la amenaza de muerte, y á la amenaza seguia la muerte de todo aquel que se negaba á cumplirle. Entonces se vió con dolor que muchos del pueblo de Dios, que hasta allí habian sido fieles y constantes, atemorizados y acobardados se pasaron á los que habian abandonado la ley del Señor y causado con su abandono gravísimos males; pero el grueso del pueblo se negó con firmeza, y huyó á los desiertos á esconderse en las cavernas y guaridas de las fieras.

Envia á un antioqueno á profanar el templo y declararle casa consagrada al idolo de Júpiter.

Casi al mismo tiempo que salieron los comandantes á las ciudades, envió Antiocho á Jerusalem un perverso viejo de Antioquia, para que no solo obligase á los Judíos, que habian vuelto á la ciudad, á que abandonasen las leyes de su Dios y de sus padres, sino tambien para que manchase el templo, le hiciese abominable, y le declarase templo de Júpiter Olímpico, que era el idolo que adoraban los Griegos; y tambien para que pasase al templo de Garizin y le declarase templo de Júpiter Hospitalario, porque los habitantes del monte de Garizin eran una partida ó colonia de extranjeros, á quienes se habia permitido aquel terreno como por hospitalidad.

El malvado Antiocho conocía muy bien los malvados, y el perverso viejo que envió á Jerusalem, era muy digno de la comision que le daba. Apenas llegó á la ciudad, cuando se vió inundada de pésimos males, porque el templo del Señor, ocupado desde luego por los paganos, se llenó de la lujuria y las glotonerías de los gentiles, de hombres que pecaban con ramerás, y de mujeres atrevidas, que entraban en los lugares santos,

llevando lo que no era permitido. El altar estaba lleno de cosas ilícitas y prohibidas por la ley, y no solo no se guardaba el sábado y los días solemnes, sino que no había ya quien se atreviese á confesar claramente que era Judío, porque en el cumpleaños del rey se les obligaba con terrible violencia á ofrecer sacrificios á los ídolos; y cuando se celebraban las fiestas del dios Baco, se les hacia dar vueltas al rededor del ídolo, coronados de yedra.

Colocacion del ídolo de la abominacion en el lugar santo.

Tantas abominaciones merecian ser consumadas por el abominable Antioco. El año ciento cuarenta y cinco del imperio de los Griegos y octavo de su reinado, subió á Jerusalem á completar su obra de la abolicion de la religion de Israel. El dia quince del mes Casleu (noviembre) se colocó el abominable ídolo de la desolacion (Júpiter Olímpico) sobre el altar de Dios, y en todas las ciudades de Judá en rededor de Jerusalem, se edificaron aras. En esto se ocuparon diez dias, y el veinte y cinco del mismo mes se ofrecieron sacrificios sobre el ara que habian erigido delante del altar de Dios, en que estaba colocado el ídolo. Lo mismo se hacia sobre las demás aras, de modo, que ya en aquel dia se ofrecian sacrificios y se quemaban inciensos delante de los ídolos, que habian colocado sobre las aras en las ciudades, las plazas y en las puertas de las casas. Se habian buscado con gran diligencia los libros de la ley, y en aquel dia les hicieron pedazos y quemaron en obsequio de los ídolos. Todo hombre, en cuyo poder se hallaban los libros del Testamento del Señor, y todo el que guardaba la ley del Señor, era despedazado, segun el edicto del rey. Quedó establecido que el dia veinte y cinco de todo mes fuese una fiesta para obsequiar á Júpiter con sacrificios y otras ceremonias, ya monstruosas, ya ridículas, y ya

obscenas; y cuando llegaba este dia fatal, venian con él nuevos peligros, nuevas violencias y nuevas persecuciones para los desgraciados Israelitas.

Otro edicto de Antioco.

No se limitaron los edictos de Antioco á las ciudades de Judá. Salió un decreto para que en todas las ciudades paganas, que rodeaban la Judea, se procediese del mismo modo contra los Judíos, obligándolos á ofrecer sacrificios á los ídolos, y á conformarse con los gentiles en todos los ejercicios de religion, y para que se quitase la vida sin misericordia á todos los que se resistiesen. Por este decreto quedaron condenados á muerte los Judíos que vivian de asiento en las ciudades vecinas, y los que se habian refugiado á ellas huyendo de la muerte. De este modo ya no restó al pueblo de Israel otro arbitrio que la apostasia ó la muerte, y aquí era ver lástimas, dice el texto sagrado.

Destrozos en los Israelitas que guardaban la ley. Dos mujeres con sus dos hijos son arrojadas del muro y estrelladas con ellos por haberlos circuncidado.

Muchos resolvieron en su corazon no comer carnes sacrificadas á los ídolos, ó prohibidas por la ley, y eligieron morir antes que mancharse con comidas inmundas, y fueron despedazados porque no quisieron quebrantar la ley santa de Dios. Las mujeres que circuncidaban sus hijos eran divididas en piezas, segun el edicto del rey, y lo mismo los hombres, y los niños circuncidados morian colgados por sus cuellecitos en las ventanas de (las casas) de sus padres. Acusaron á dos madres de haber circuncidado á sus hijos, y luego fueron paseadas por la ciudad con los hijos pendientes

de sus pechos y precipitadas con ellos de lo alto del muro, muriendo estrellados madres é hijos por cumplir la ley santa de Dios. Otros Israelitas, reunidos en cuevas, celebraban á escondidas el día de sábado. Dieron cuenta de esto al gobernador Filipo, y los quemaron vivos... Ruego, pues, dice aquí el historiador sagrado, á los que han de leer este libro : que no se horroricen á la vista de estos lastimosos sucesos, sino que consideren, que estas cosas que acaecieron, no fueron para destruccion, sino para enmienda de nuestra nacion ; porque no permitir largo tiempo á los pecadores que obren segun su voluntad, sino aplicar desde luego el castigo, señal es de gran beneficio. ¡Insigne verdad que debemos tener siempre presente los pecadores en nuestros trabajos!

Abren á la fuerza la boca al santo anciano Eleázar para que coma carne de puerco.

Á este tiempo vivia en Jerusalem Eleázar, uno de los primeros doctores y maestro de Israel, respetable por su ancianidad, amable por su presencia y venerable por su ciencia, su celo y sus virtudes. Contra este grande hombre se dirigieron particularmente los satélites de Antíoco, persuadidos á que no quedaria Judío que resistiese, si lograban vencer este gigante de la religion de Israel. Como su intento no era hacer un mártir, sino un apóstata, emplearon antes de los tormentos las promesas, las amenazas y todo género de seducciones para pervertirle. Mas al ver que eran inútiles todos sus artificios, recurrieron, no al acero, sino á la violencia. Le abrieron á la fuerza la boca, y trabajaban por hacerle comer carne de puerco, como si por una accion en la que el corazon no tiene parte, pudiera el hombre hacerse trasgresor de la ley. Viendo los seductores que tambien la violencia era inútil, ya solo trataron de llevarle al suplicio. Iba

el venerable anciano contento á los tormentos, prefiriendo una gloriosísima muerte á una vida aborrecible. Luego que llegó al lugar del suplicio y vió los terribles instrumentos preparados para atormentarle, solo pensó en sufrir con paciencia, y en no hacer ni la menor cosa ilícita por amor á la vida.

Compasion inicua de sus amigos.

Mas cuando así fortalecia su corazon este venerable anciano, algunos de los que estaban presentes se acercaron á él y movidos de una compasion *inicua* (así la llama el texto sagrado) por la antigua amistad que le profesaban, tomándole aparte, le rogaban que les permitiese traerle carnes de las que le era lícito comer, para dar á entender que habia comido de las carnes sacrificadas á los ídolos, como mandaba el rey, y librarse por este medio de una muerte cruel; y esto lo hacian, añade el mismo texto, por una especie de humanidad en atencion al antiguo afecto que le tenian. Este ataque de la falsa compasion de sus conciudadanos fué para el anciano Eleázar mas terrible que todos los que habia sufrido por parte de los paganos; pero nada bastó para mover este muro firmísimo de la casa de Israel.

Su precioso y nunca bien alabado ejemplo.

Entretanto que estos malos amigos daban consejos tan peligrosos al venerable anciano, contemplaba este *justo* el honor debido á su edad y ancianidad y la nobleza de aquellas canas, que habiendo nacido y crecido á la sombra de la religion de sus padres, adornaban su cabeza en sus últimos dias, despues de haber observado la ley desde niño; y lleno de estos pensamientos sublimes, respondió prontamente : Yo permito que se me arroje vivo al sepul-

cro antes que seguir vuestro consejo; y esforzando su voz : no, dijo, no es digno de mi edad el fingir, y menos dar motivo á que muchos jóvenes, creyendo que Eleázar en la edad de noventa años ha pasado á la vida de los alienígenas, tambien ellos, por mi fingimiento y por conservar yo este momento de vida corruptible, sean engañados, y yo traiga sobre mi ancianidad la infamia y las execraciones; porque, añadió, aunque yo en este dia me librase de los suplicios de los hombres, de la mano del Omnipotente no me libraré ni vivo ni muerto; por lo cual muriendo con valor, me mostraré digno de las canas que cubren mi cabeza, y dejaré á los jóvenes un ejemplo de fortaleza, sufriendo con ánimo pronto y constante una muerte honrosa por nuestras santísimas y gravísimas leyes. Dicho esto, luego fué arrastrado al suplicio, y los que le llevaban, y que poco antes habian sido mas suaves, se volvieron coléricos contra él á causa de las palabras que habia dicho, y que ellos miraban como de un soberbio.

Su martirio.

La muerte que le hicieron sufrir no fué de aquellas que, cortando la vida de un solo golpe, dan la corona sin hacerla comprar á costa de tormentos. Murió apealeado hasta que molidas y despedazadas sus carnes, no pudieron sostener la vida, y espiró plagado de heridas. Cuando le mataban á fuerza de golpes, dice el sagrado texto, gimió y dijo: Vos, Señor, que teneis la ciencia santa, á vos es manifiesto, que pudiendo librarme de la muerte, sufro en mi cuerpo duros dolores, mas en mi alma los padezco de buena voluntad por temor vuestro: y de esta manera consumó su martirio, dejando, no solo á los jóvenes, sino tambien á toda la nacion, la memoria de su muerte para que les sirviese de ejemplo, de virtud y de fortaleza. La noticia de esta muerte tan imponente para los hombres como preciosa á los ojos de Dios, léjos

de acobardar á los verdaderos Israelitas, sirvió para animarles, y el suceso que tuvo lugar en seguida es una prueba asombrosa de esta verdad.

Tormentos y muerte de siete jovencitos animados por su misma madre.

Antíoco, que estaba en Jerusalem, pero que no habia concurrido á la muerte de Eleázar, confiándola á sus fieles verdugos, creyó que la falta de su presencia habia sido la causa de no haber apostatado este anciano, y resolvió no faltar á la primera ocasion que se presentase. No tuvo que esperar, porque luego fueron aprehendidos, como infractores de sus decretos, una madre y sus siete hijos. Entonces se vieron entrar en el lugar del suplicio, por una parte siete jovencitos conducidos por su misma madre y dispuestos á sufrir tormentos y muerte antes que faltar á su religion santa, y por otra al feroz Antíoco rodeado de todo el aparato de un tirano encarnizado contra los profesores de esta santa religion. ¡ Digno empleo por cierto de un príncipe, probar la fiereza de su corazon en la debilidad de una mujer y siete niños! Luego principió el combate. Antíoco se sentó en su tribunal, y la madre y sus hijos fueron llevados á su presencia. Manda á todos Antíoco que coman carnes prohibidas por la ley del Señor. Todos se niegan, y el rey, lleno de furor al verse desobedecido, ordena que como muchachuelos sean azotados; pero no con ramales, como era regular, sino con nervios de toros.

Palabras admirables, tormentos y muerte del primero.

Entonces el mayor de los siete fué tambien el primero que dirigiendo su palabra al tirano, ¿ qué pretendes, le dijo, y qué quieres saber de nosotros? Dispuestos estamos

á morir antes que traspasar las leyes que Dios ha dado á nuestros padres. Mas colérico el rey con estas palabras, manda que se pongan al fuego sartenes de hierro y ollas de cobre hasta convertirlas en ascuas, y que entretanto corten la lengua al que habia hablado el primero; que le desuellen y arranquen la piel de la cabeza, y que le corten las extremidades de los piés y las manos en presencia de su madre y hermanos; y cuando ya quedó inútil en todo, mandó traer fuego y las ollas y sartenes que habian hecho ascuas, y que le tosasen y friesen mientras que respirase. En este tiempo la madre y los hijos se exhortaban mutuamente á morir con valor, diciendo: Nuestro Dios y Señor mirará la verdad y se consolará en nosotros, como lo dijo Moisés en su cántico: Y (el Señor) será consolado en sus siervos.

Del segundo.

Cuando así se animaban la madre é hijos, murió el primero, y habiendo llevado el segundo, despues de escarnecerle y arrancarle los cabellos y la piel de la cabeza, le preguntaron: si comeria antes de ser atormentado en todos los miembros de su cuerpo; mas él, respondiendo en su lengua nativa, dijo: No lo haré, y así tambien este fué atormentado como el primero; y cuando estaba ya para espirar, dijo (á Antíoco): Tú, perversísimo, nos haces perder la vida presente; pero el Rey del mundo nos resucitará en la resurreccion de la vida eterna, por haber muerto por sus (santísimas) leyes.

Del tercero.

Habiendo espirado este segundo, fué presentado é insultado el tercero, y habiéndole pedido la lengua, al momento la presentó, y tambien presentó con firmeza sus

manos extendidas, diciendo lleno de confianza: Del Cielo tengo estas cosas, mas por las leyes de Dios ahora las desprecio, porque de él espero volver á recibirlas: y era tanto el valor que mostraba, que el rey y los que le acompañaban estaban pasmados al ver el espíritu de este jóven, que en nada tenia los tormentos.

Del cuarto.

Y muerto este tercero con los mismos suplicios que el primero y segundo, trajeron el cuarto, y le atormentaban del mismo modo; mas cuando estaba ya para morir, dijo así: Mejor nos es, que entregados á la muerte por los hombres, esperemos firmemente en Dios, que de nuevo nos ha de resucitar; pero tu resurreccion, dijo al rey, no será para vida (sino para muerte eterna); y acabada esta reconvenccion pavorosa, que ninguna impresion hizo en el corazon del obstinado monarca, espiró este cuarto.

Del quinto.

Y tomaron al quinto, y le atormentaban como á sus hermanos; mas él fijando los ojos en el rey, le dijo: Teniendo poder entre los hombres, aunque eres un hombre corruptible, haces lo que quieres; pero no te persuadas que nuestra nacion ha sido desamparada de Dios. Aguarda, pues, un poco y verás como su gran poder te atormenta á ti y á tu descendencia.

Del sexto.

Muerto este, llevaron al sexto, y principiando á morir, dijo así: No te engañes en vano; pues nosotros por nuestra culpa padecemos esto, habiendo pecado contra nues-